



### **HOMILÍA PASCUA P. JORGE CÁNEPA OSSA C.S.C.**

Las Constituciones de la Congregación de Santa Cruz comienzan diciendo: “Ven y Sígueme. Fue el Señor Jesús que nos llamaba”; y al final de las constituciones las últimas palabras indican: “Es el Señor Jesús quien nos llama: Ven y Sígueme”.

Jorge sintió ese llamado del Señor, y quiso consagrar su vida como sacerdote y religioso en la Congregación de Santa Cruz. En el transcurso de la vida una y otra vez necesitamos renovar ese llamado, ese deseo interior, especialmente cuando la vida se nos hace más difícil, pero es Jesús quien al final de la vida nos vuelve a llamar para vivir a su lado.

Jorge parte hoy para vivir con el Señor. Sin duda fue un buen sacerdote y hermano, en la vida religiosa. Pero no es por sus méritos y sus muchos logros, sino porque Dios lo ama, que hoy lo lleva al cielo y unirse a sus padres Jorge y Ana, a sus hermanas, Ana y María Cristina, y a tantos seres queridos, amigos, como Jim D’Autrement, Roberto Plasker, Carlos Delaney, de quienes frecuentemente decía “cuanto los hecho de menos”. Jorge podrá hoy conversar con todos ellos.

La vida para un sacerdote y para cada cristiano bautizado es un morir a sí mismo para poder vivir para Dios. No hay felicidad si no es porque podemos desprendernos de egoísmos, desánimos, rencores. Las Constituciones de Santa Cruz lo dicen de una manera muy real y concreta. “Un trato injusto; la fatiga o frustración en el trabajo; el quebranto de la salud; las tareas que sobrepasan los talentos que se poseen; los períodos de soledad y la aridez en la oración; la actitud distante de familiares y amigos; o el haber infligido alguno de estos males a otros; todo esto nos dice que habrá que morir a sí mismo en el camino hacia el Padre” (117).

Jorge fue un religioso con un fuerte carácter, y firme en sus ideas. Un profesor exigente, y que valoraba la rigurosidad, pero toda su vida batalló también contra sí mismo y fue un constante esfuerzo por morir a sí mismo y dejar que Dios fuera creciendo en él.

Pude conversar con Jorge, horas antes de su fallecimiento. Los médicos decían que su cerebro estaba calcificado y muy dañado. El único pronóstico era que tendría un paro respiratorio. Sin embargo, cuando entré a su dormitorio Joe le dijo a Jorge – ¡Pepe está aquí! Y con una lucidez asombrosa empezó a decirme: “Gracias, tengo que dar gracias por tantas cosas que he recibido en mi vida. Gracias a la Congregación, gracias a tantos amigos y familiares, gracias por tantas cosas que pude hacer en mi vida” ..... y luego continuó diciéndome: “yo sé que por mi carácter ofendí a personas, y quiero Pepe pedir perdón a los que he ofendido, o se sienten ofendidos. En verdad yo les quiero pedir perdón - pero tengo tanto que dar gracias”. La verdad es que fue un momento de lucidez que solo es el Señor que se lo pudo regalar a alguien que ha sido un hombre bueno y un buen servidor en la viña del Señor.

Leímos hoy las Bienaventuranzas, porque para Jorge era su evangelio preferido. No es que Jorge reflejara una permanente alegría. Más bien su carácter era tosco, exigente, hablaba con franqueza de lo que pensaba, pero creo que este Sermón de la Montaña era su lucha interior continua. Jorge necesitaba ser paciente, ser misericordioso, tener un corazón puro, ser signo de paz. Sin embargo, Jorge fue también un luchador por la justicia, intercedió por los más pobres, protegió a los perseguidos, y cuando fue calumniado supo asumirlo como Cristo, y vio en ello una oportunidad para reinventarse y hacer nuevas cosas en su vida, nuevas cosas para los demás en su afán de evangelizar.

Fue así que se abrió aún más fuerte al mundo de las Comunicaciones, a la radio, a las campañas de alfabetización, a la educación en las zonas rurales, y tuvo el gran regalo de servir por casi treinta años cada domingo, con la Eucaristía, en una capilla de la Parroquia Nuestra Señora de los Pobres. Jorge lloró el día que le dijeron que ya no seguiría yendo cada domingo.

Las Constituciones de la Congregación de Santa Cruz dicen: “Las huellas de quienes nos llamaron a caminar en su compañía dejaron rastros profundos, como de quienes llevan pesadas cargas. Mas ellos no se arrastraron; caminaron con vigor, porque tenían la Esperanza” (122). Jorge, sin duda has

dejado huellas muy profundas entre nosotros, en la Congregación, en el Saint George, en tu familia, en los amigos. Demos Gracias porque su vida, como sacerdote, fue un vivir para Cristo. “Alégrense y regocíjense dice el Señor porque ustedes tendrán una gran recompensa en el cielo.

Al Señor Jesús que es fiel a sus promesas, a Él sea el Honor y la Gloria, por los siglos de los siglos. AMEN.

**Por P. JOSE AHUMADA C.S.C**